

## RESEÑAS

### REVISTAS

NEYRERE, M. JULIUS K.

“L'éducation pour la libération en Afrique”, Perspectives, UNESCO, París, Vol. V, No 1, 1975, pp. 3-13.

“En 1967 dice Nyerere -presidente de la República Unida de Tanzania y autor de varios libros sobre educación-, yo había definido el objetivo de la educación de la siguiente forma: transmitir de una generación a la siguiente la suma de experiencias y conocimientos acumulados por la sociedad, y preparar a los jóvenes para entrar en esta sociedad y participar activamente en su mantenimiento y desarrollo.”

Hoy, en 1975, Nyerere sigue pensando que esta definición es satisfactoria, pero explica que pretendía ser aplicable a todas las formas de sociedades y por tanto requería ser universal, objetiva y descriptiva. Para que pueda guiar la acción en Africa necesita ser adaptada a las condiciones propias. La conclusión es -en los países africanos-: “el objetivo esencial de la educación es la liberación del hombre”.

Pero lo que Nyerere expone en el artículo que reseñamos como bueno para la educación africana, nosotros lo hacemos extensivo para toda la educación del llamado Tercer Mundo.

Quizá desde nuestra perspectiva resulte más fácil damos cuenta de los problemas a los que se enfrentan los países africanos. De algún modo, en los últimos peldaños de esta especie de escalera en la que hemos convertido a nuestro mundo, saltan a la vista los errores, la injusticia, las contradicciones, etc.

Podríamos decir “nosotros estamos mejor” y quizá esto sea cierto, pero en todo caso a un asunto de grado; respecto de los países desarrollados nosotros somos los países africanos, y como ellos aún no nos hemos “descolonizado” totalmente y en buena parte dependemos de modelos extranjeros. “. . . el hombre puede estar físicamente libre y permanecer encadenado si su espíritu sufre el constreñimiento de hábitos y comportamientos que limitan sus posibilidades de ser humano”.

La educación, pues, debe liberar el espíritu (o la mente si se quiere) y el cuerpo del hombre; y permitirle deshacerse de aquello que le impide ser libre y desarrollar plenamente sus facultades físicas y mentales. Pero no hasta que una nación se descolonice liberándose de los ocupantes extranjeros; este hecho, por importante que sea, es sólo el principio de la liberación. Es lo mismo que sucede con un hombre, éste, como aquélla, es libre cuando ha superado todo sentimiento interior de inferioridad o superioridad y cuando es capaz de cooperar con sus semejantes en pie de igualdad en vista de la realización de objetivos comunes. Sólo cuando un hombre (y un país) se ha liberado mentalmente en una cierta medida, puede emprender un combate efectivo por su liberación física. “Aquél que se considera inferior a los otros en razón de su nacimiento, les seguirá siendo inferior en la sociedad organizada.” En cambio el hombre suficientemente liberado que rechaza los conceptos de esclavitud y colonialismo y repudia su propia condición de esclavo, ha dado los primeros pasos hacia la verdadera abolición de su estado, de esclavo y colonizado.

Cuando pensamos que la mayoría de los países africanos han ganado su independencia muy recientemente, las referencias a esclavitud y colonialismo se vuelven mucho más impresionantes. Resulta fácil, entonces, decir: en efecto la educación debe encargarse de realizar esta liberación mental de Africa, puesto que rechazado el colonizador también hay que rechazar la miseria, la enfermedad y la ignorancia a sabiendas de que sus azotes destruyen la personalidad humana con tanta eficacia como lo hacía un capataz armado de un fuste.

Así, el propósito es utilizar todos los recursos de los que se disponga: el propio saber, los conocimientos de otros, la tierra, el agua o simplemente nuestro trabajo. Pero no debe tratarse sólo de “acrecentar la producción de objetos -ya se trate de pirámides, canales de irrigación, ferrocarriles o palacios”. Tal forma de desarrollo (económico) debe formar parte del desarrollo del hombre, pero la educación no debe orientarse hacia la fabricación de técnicas de las que podremos servirnos para desarrollar la economía, sino formar hombres que tengan los conocimientos y las capacidades técnicas necesarias para desarrollar la economía y ponerla al servicio del hombre, en la sociedad.

No se trata -dice Nyerere- de despreciar la formación técnica en beneficio de una educación general, sino de distinguir entre un sistema de educación que le suministra a los hombres y mujeres liberados el modo de utilizar hábilmente las herramientas, y otro que los transforma en simples herramientas. “Nuestra educación práctica debería formar creadores y no criaturas.” Y nuestros establecimientos de educación superior no deberían ser fábricas de productos (seres humanos) comercializables, sino ampliar el espíritu de hombres y mujeres sin hacer de ellos buenas máquinas de producción de dispositivos modernos.

En la misma línea Nyerere sigue diciendo que el hombre no ha sido liberado por su educación si la utiliza como un medio de explotar a otros, tal persona considera que sus conocimientos lo han elevado por encima de la sociedad; y que tampoco puede llamarse libre a aquél que no le atribuye a la libertad y el ser de otros el mismo valor que a las suyas propias. No debe caerse en una educación que enseñe al individuo a considerarse como una máquina cuyo valor está determinado por certificados, diplomas o títulos. Y Nyerere cita un ejemplo. “Existen, por ejemplo, profesionistas calificados que declaran: ‘Mi valor sobre el mercado es superior al tratamiento que recibo en Tanzania’ “ -y añade- Pero ningún ser humano tiene un valor mercantil salvo que se trate de un esclavo”.

Estamos de acuerdo, tales individuos simbolizan el fracaso de la sociedad y eso es lo que debemos reformar. Pero nuestro sistema educativo aprecia a estos individuos “e ignora el valor inescrutable de un ser humano liberado que coopera con sus semejantes en la edificación de una civilización digna de criaturas concebidas a la imagen de Dios”.

Pero las naciones africanas deben reconocer que no han hecho todo lo que hubieran podido; que han sido demasiado tímidos y que se han mostrado poco liberados para transformar radicalmente el sistema que han heredado (recordemos, por ejemplo, que en muchos países la enseñanza se imparte todavía en francés o inglés y no en la propia lengua). Se han dado algunos cambios importantes, sobre todo en lo que se refiere a planes de estudio, pero se sigue juzgando la educación en función, de las “normas internacionales” y por eso un tanzaniano no es reconocido por la propia comunidad como realmente cultivado si no ha recibido una forma de educación reconocida y juzgada como aceptable por otros países, especialmente los sajones. “Es como -pedirle al extranjero que nos conceda diplomas de respetabilidad.” Y lo que sucede es que no existe la confianza en nosotros mismos para rechazar aquello que ha sido juzgado como “lo mejor del mundo” (¿qué quiere decir eso?) y de elegir lo que conviene mejor a nuestra propia situación. ¿No podemos decir nosotros lo mismo en Latinoamérica?

Para mejorar los problemas de educación, nuestra sociedad deberá admitir, como lo intentan los africanos, que el espíritu de cooperación y el deseo de servir deben desempeñar un papel importante en la aptitud de las personas que han de recibir una educación avanzada.

Terminamos con una cita larga de Nyerere:

“Lo que he querido sugerir es que la educación no debe ser considerada únicamente, ni incluso esencialmente, como un problema que pertenece a las escuelas o como un medio de hacer progresar el conocimiento y las técnicas. La difusión de conocimientos generales, profesionales y técnicos, reviste en Africa una importancia que puede calificarse de capital. Pero si esto es así, es sólo -porque forma parte, necesariamente, de la educación que libera al hombre y le permite trabajar sobre un pie de igualdad con sus semejantes para el desarrollo del género humano.”

FRANCISCO J. GONZÁLEZ O.